

Paraísos de muerte

1 Hoy voy a hacer algo poco recomendable para un periodista, y es centrar mi artículo en una noticia ya vieja. Pero, por desgra-
2 cia, **se trata de un tema que sigue estando de plena actualidad**. Si googleáis las palabras «Yeonmi Park español» os en-
3 contraréis con un vídeo de YouTube en el que la refugiada norcoreana Yeonmi cuenta su historia. Es una intervención que hizo
4 en 2014 durante una conferencia de One Young World en Dublín. Quizá ya lo conozcáis: la película ha dado la vuelta al mun-
5 do. Si no lo habéis visto, por favor, no dejéis de hacerlo. Son cinco minutos estremecedores, hipnotizantes. Yo no pude conte-
6 ner las lágrimas. De hecho, hay otras personas que aparecen en la filmación, espectadores de las palabras de la chica, que
7 también se echan a llorar como magdalenas. Resulta imposible no emocionarse.

8 En 2014, Yeonmi Park tenía 20 años. En el vídeo parece muy joven, una niña vestida con sus mejores galas, con una rosita
9 de tafetán en la cabeza y un primoroso traje oriental de pesadas y crujientes sedas. Parece una figurita de porcelana, una
10 tanagra¹. Y de pronto esta niña frágil abre la boca y llora, abre la boca y habla. Y cuenta que el régimen norcoreano es una
11 pesadilla; QUE la gente es condenada a muerte por el simple hecho de haber telefoneado sin autorización al extranjero; QUE
12 cuando tenía nueve años asistió a la ejecución de la madre de una amiga suya por el delito de haber visto una película de
13 Hollywood. Nos explica que por fin su familia logró escapar del país cuando ella tenía trece años; QUE la huida fue terrible,
14 infernal; QUE en Mongolia vio cómo los traficantes chinos violaban a su madre, la cual se ofreció para evitar que la violaran a
15 ella; y QUE, durante el largo tiempo que vagaron en busca de refugio, se sintieron completamente abandonados, desampara-
16 dos, ignorados en su dolor, como si tan solo las estrellas del cielo los miraran. Cuenta todo esto sin parar de llorar, pero sus
17 lágrimas son educadas, modestas, silenciosas, no le alteran el gesto ni rompen su discurso, son las lágrimas de alguien que ha
18 llorado tanto que se ha acostumbrado a hacerlo sin aspavientos. Al escucharla, es imposible no pensar en la marea imparable
19 y agónica de los refugiados sirios, en esas columnas de gente desesperada que atraviesan a pie Europa sin que nadie los
20 mire, salvo las estrellas. Esas víctimas a las que los daneses, los suizos y varios Estados alemanes arrebatan sus pocas pose-
21 siones, su dinero, sus joyas, un robo que para mayor vergüenza es votado en los Parlamentos democráticos ante la indiferen-
22 cia de todos nosotros. Por eso es tan necesario ver este vídeo de Park: porque la sencilla veracidad de su testimonio nos obliga
23 a recordar la realidad dantesca de los refugiados, a ponernos en su piel, a salir de nuestra confortable desmemoria.

24 Pero aún hay algo peor en todo esto, aunque parezca difícil. Y es que colgué el discurso de Yeonmi en mi Facebook y hubo
25 unos cuantos comentarios... ¡a favor del régimen norcoreano! Sí, lo repito porque sé que parecerá mentira: unas pocas perso-
26 nas defendieron esa dictadura disparatada, aberrante y psicopática. De hecho, aprovecharon la ocasión para soltar el viejo
27 discurso de las izquierdas, como si Corea del Norte fuera un lugar revolucionario y progresista. Encontrarme con semejante
28 nivel de ignorancia y de fanatismo a estas alturas me dejó bastante desconsolada.

29 El afán de justificar lo injustificable para seguir creyendo en utopías es una patología intelectual repetitiva y tenaz. Los pa-
30 raísos no existen: ni en el cielo, por más que la Inquisición o el ISIS hayan quemado viva a la gente en su nombre, ni en la
31 tierra, aunque los nazis hayan gaseado y los totalitarios marxistas fusilado para implantarlo. Y por cierto: tan bestial es el totali-
32 tarismo de derechas como el de izquierdas, aunque la progresía occidental siempre ha sido mucho más tolerante con este
33 último (yo también lo he sido, a mí también me ha costado verlo). Es ese dogmatismo criminal, ya sea islámico o norcoreano,
34 el que subyace tras el drama de los refugiados. Por otra parte, los dogmáticos no son necesariamente tontos. Los hay eruditos
35 y bastante listos, que no inteligentes, porque para mí la verdadera inteligencia, la verdadera sabiduría, exige madurez emocio-
36 nal, autocrítica y empatía. Pero, en cualquier caso, lo que falla en ellos no es el cerebro, sino el corazón. Creo que es gente
37 emocionalmente muy cobarde que necesita respuestas absolutas a las que agarrarse. Son como niños: tienen miedo de la
38 complejidad del mundo, de la incertidumbre de la vida, y exigen que les cuenten cuentos tranquilizadores y consoladores. Pero
39 lo terrible, lo imperdonable, es que sus dulces sueños irreales se terminan convirtiendo en atroces pesadillas verdaderas para
40 incontables víctimas.

Rosa Montero, *El País*, 14 de febrero de 2016

1.- *Tanagra*, estatuilla griega de barro cocido, policromada.

CONTESTA A CINCO DE LAS SIGUIENTES PREGUNTAS (LAS QUE QUIERAS)

1. Resume brevemente el contenido general del texto (no más de diez líneas) (2 puntos).
2. Señala el tema o idea central del artículo y localízala en el texto. Justifica la respuesta (2 puntos).
3. Analiza sintácticamente la frase que aparece **subrayada** en el texto (2 puntos).
4. Enumera los principales procedimientos de cohesión que aparecen en el texto indicándolos con precisión (poniendo las palabras y el número de las líneas en que aparecen) (2 puntos).
5. ¿Qué procedimiento o procedimientos de cohesión se utiliza en las palabras QUE escritas con mayúsculas? Di lo que sepas de ese procedimiento y explica por qué lo emplea aquí la autora (2 puntos).
6. Haz tu propia valoración del texto, tanto desde el punto de vista de la forma como del contenido (2 puntos).

Cenicienta existe y debe de haber muchas

1 Sara M. R. tiene 22 años y nació en Larache, Marruecos. Su madre, casada y con hijos, trabajaba en España; en un viaje a su
2 tierra se embarazó de otro marroquí, también casado. O sea que, desde que nació, Sara fue una deshonra para la familia, una
3 criatura odiada por todos. La madre dio a luz en Marruecos, dejó al bebé con un matrimonio y regresó a España. Sara vivió con
4 esa gente durante seis años; trabajaba como sirvienta y le pegaban. Un día apareció una mujer que le dijo que era su madre.
5 Le compró un pijama rojo del que Sara aún se acuerda con emoción y se la llevó a casa de los abuelos maternos en la ciudad
6 de Alcazarquivir. Cuando Sara abrió los ojos a la mañana siguiente, estaba sola. La madre había regresado a España sin des-
7 pedirse.

8 La niña se levantó y fue hasta el comedor. Estaba lleno de gente que ella no conocía. Sólo tenía siete años y tuvo miedo:
9 cogió su pijama rojo y salió corriendo de la casa. Uno de los hermanos de la madre estaba pelando una naranja y salió detrás
10 de ella con el cuchillo en la mano. Cuando la alcanzó, se lo clavó a la niña en la cintura. No debió de ser muy grave, aunque
11 aún conserva la cicatriz; por supuesto, no la llevaron al médico. Pero lo peor fue que Sara, en su angustia, dijo: «**Cuando lla-
12 me mi madre se lo contaré todo**». Entonces, para impedir que hablara, el tío la sujetó, le abrió la boca a la fuerza y la abuela
13 le cortó la campanilla con unas tijeras. Resulta difícil de creer tanta brutalidad, y, sin embargo, la historia de las mujeres está
14 llena de atrocidades semejantes: adolescentes desfiguradas con ácido o quemadas vivas por la suegra. No sé si los verdugos
15 creyeron que al cortarles la úvula no podrían hablar; en realidad, eso no afecta apenas la dicción. Pero consiguieron su objetivo:
16 aterrorizada, la niña se calló y sus familiares no volvieron a escucharle una sola palabra. Pensaban que era muda.

17 Pasó cinco años más viviendo en ese infierno. Por supuesto, nunca fue al colegio; dormía en la cocina y limpiaba todo el
18 día; a veces, para castigarla, la abuela calentaba un cuchillo en el fuego y se lo aplicaba en la palma de la mano. Tenía 12
19 años cuando apareció el padre y se la llevó a España con su mujer y sus otros tres hijos. Vivían en un pueblo de Girona y allí
20 fue la primera vez que Sara asistió a clase: sin duda la enviaron porque era ilegal no hacerlo. No sabía leer ni escribir, no sabía
21 español. Seguía durmiendo en la cocina y trabajando de sirvienta. La madre preparaba bocadillos para los tres hijos, pero no
22 para ella; en realidad tampoco le daban de desayunar. La profesora llamaba a menudo para protestar porque Sara había lle-
23 gado en ayunas, o porque no tenía cuadernos ni lápices (no le compraban material escolar). Pero, cada vez que telefoneaba la
24 maestra, en casa le pegaban. En una de las palizas, el padre le desencajó la mandíbula de un puñetazo. Todavía hace chas-
25 quidos cuando come.

26 Un año después la madre se la llevó a vivir a Mataró con ella y sus hermanos. Y, aunque parezca imposible, la cosa em-
27 peoró. Sara tenía que andar con la mirada baja; controlaban todos sus movimientos y la madre la golpeaba sin cesar con la
28 goma del butano. «Para entonces yo era ya más grande que ella, me hubiera podido defender, pero, como siempre me han
29 pegado, no tengo coraje», dice Sara, equivocadamente, porque es una de las personas más valientes que conozco. La ence-
30 rraban en casa bajo llave y la niña estaba convencida de que acabarían matándola. Se intentó escapar dos veces y la atrapa-
31 ron. Tras la segunda fuga la paliza fue tan brutal que se le puso todo el cuerpo morado. Consiguió huir y llegar a una comisa-
32 ría. Cuando vieron su estado, detuvieron a la madre y al hermano y ella fue internada en un centro de menores de Tarragona.
33 Tenía 14 años.

34 No fue fácil, pero pudo irse reconstruyendo poco a poco. Una familia la acogió durante un año; una mujer mayor, Aurora, le
35 dio cariño; una psicóloga le ayudó a ponerse en pie. Ahora es capaz de contar esta tremenda historia sin llorar. No ha termina-
36 do la ESO, pero se expresa de maravilla, tiene una inteligencia vivísima, una voluntad de hierro, un corazón de oro. Reside en
37 Barcelona y trabaja de dependienta en una tienda de ropa en donde es muy apreciada. Vive en pareja desde hace dos años y,
38 «como tengo mucho amor que dar», han adoptado a una podenca y una galga maltratadas: «No quiero tener hijos por miedo a
39 ser como mis padres» (seguro que jamás lo serías, hermosa Sara). Se ha puesto en contacto conmigo porque quiere que su
40 historia sirva de ejemplo para los chicos del centro de menores, a los que ve muy perdidos: «Pero yo soy la prueba de que se
41 puede salir». Quiere contarlo, en fin, para poder darle un sentido al sufrimiento. Ahora Sara está contenta: «A veces tengo
42 pesadillas, pero las dificultades normales me parecen una tontería. Lo que es un mal día para cualquier persona, para mí es
43 superguay». Para alguien que ha estado en el infierno, la vida cotidiana es la abundancia.

Rosa Montero: *El País*, 13 de diciembre de 2015

CONTESTA A CINCO DE LAS SIGUIENTES PREGUNTAS (LAS QUE QUIERAS)

1. Resume brevemente el contenido general del texto (no más de diez líneas) (2 puntos).
2. Señala el tema o idea central del artículo y localízala en el texto. Justifica la respuesta (2 puntos).
3. Analiza sintácticamente la frase que aparece **subrayada** en el texto (2 puntos).
4. Enumera los principales procedimientos de cohesión que aparecen en el texto indicándolos con precisión (poniendo las palabras y el número de las líneas en que aparecen) (2 puntos).
5. En el texto se aprecia una evidente progresión en el tiempo. Copia y señala (indicando en qué líneas aparecen) los elementos de cohesión que las manifiestan, y di cuál es ese procedimiento (2 puntos).
6. Haz tu propia valoración del texto, tanto desde el punto de vista de la forma como del contenido (2 puntos).

Encendida loa a los bares

1 Hace un par de semanas cerraron de la noche a la mañana y sin aviso previo el café Comercial de Madrid, uno de los locales
2 más emblemáticos de la ciudad. Inaugurado en 1887, llevaba casi 130 años siendo lugar de encuentro y cobijo de varias gene-
3 raciones de españoles. ¿Cómo es posible que puedan cerrar de repente una joya así? ¿Cómo es que no está protegido y
4 ayudado por la Comunidad, por el Ayuntamiento? Yo también fui asidua del Comercial hace mucho tiempo, durante los últimos
5 años del franquismo.

6 En aquellos días agitados previos a la Transición, el café se puso de moda entre los jóvenes más o menos peludos y hip-
7 piosos, de modo que allí nos juntábamos sin ningún problema una colección de ancianos vetustos arrimados a los veladores
8 de mármol como gárgolas¹ y una marabunta de veinteañeros con melenas y barbas enmarañadas, pantalones de campana y
9 faldas floridas, servidos con la misma imperturbable profesionalidad por una legión de camareros formidables.

10 Esa mezcla extrema y pacífica era una de las señas de identidad del Comercial: siempre fue un lugar de intercambio y
11 convivencia. Hace un par de meses volví por allí y todo seguía exactamente igual: las mismas mesas, las mismas sillas, el
12 mismo manso sol atravesando los ventanales y estancándose en el suelo. Estoy segura de que aún quedaba algún fotón de la
13 luz de 1887 pegado al mármol. Hace dos meses, el único cambio que pude apreciar en el lugar era que yo empezaba a gargo-
14 lizarme.

15 La escritora Cristina Fernández Cubas tiene un hermoso libro de memorias titulado *Cosas que ya no existen*. Qué acierto
16 de frase: es verdad que envejecer es, entre otros fastidios, asistir a la desaparición progresiva del mundo. Se van perdiendo
17 calles, fuentes, cines, bares, jardines. Incluso pueblos enteros, tragados por un pantano o por un terremoto. Se van perdiendo
18 personas, que es lo peor de todo. Y la realidad se va borrando y transformando. Puedes volver a hacer tuyos los nuevos luga-
19 res, por supuesto, e incluso disfrutarlos intensamente. Pero los espacios perdidos empiezan a acumularse en tu memoria como
20 muebles viejos. Toda una geografía paralela, cubierta por el fino polvo del recuerdo.

21 La desaparición del Comercial, en fin, es una ausencia clamorosa que va a ser llorada por muchísima gente. Y es que los
22 bares son la piedra esencial de la cultura española. Nuestra seña de identidad más evidente no son las sevillanas ni el baile
23 flamenco ni la Semana Santa ni el sol ni la siesta ni por supuesto los toros, que sólo son apoyados por un 35% de la población.
24 No, señores: la identidad nacional se expresa esencialmente en nuestro amor a los bares. Hay 350.000 establecimientos de
25 hostelería en España, lo que supone uno por cada 132 habitantes, el doble que la media de la UE.

26 Durante mucho tiempo fuimos el país con más bares y cafés per cápita de la Unión, hasta que entró Chipre y nos desban-
27 có. Por desgracia, también aquí se nota la crisis; en los últimos años han cerrado 50.000 establecimientos y las ventas han
28 caído un 22%. Aun así, los españoles todavía invertimos el doble en restauración que la UE: un 15% de los gastos de consu-
29 mo frente a un 7%. Y, la verdad, **no creo que por ello seamos unos manirroto² ni unos irresponsables**... O no más que la
30 media de los humanos.

31 Porque lo que de verdad indican estos datos es la importancia crucial que el bar tiene en nuestras vidas. Es toda una insti-
32 tución, el centro en torno al cual pivota nuestra vida social. Hará un par de años, Coca-Cola realizó un estudio sobre el tema en
33 España y obtuvo unos resultados despampanantes. Como, por ejemplo, que más de dos tercios de los españoles conocen el
34 nombre del camarero de su bar favorito. Pero aún hay más: cerca del 30% le dejarían al camarero las llaves de su propia casa
35 como muestra de confianza.

36 Y es que los bares y cafés sirven para todo tipo de recados y encomiendas: se dejan y recogen llaves, paquetes, cartas,
37 avisos. Son como una oficina de correos, una central de mensajería, una conserjería del barrio. Resulta muy difícil explicar a
38 los extranjeros, sobre todo a los anglosajones, tan puritanos respecto al alcohol, que el bar español no tiene nada que ver con
39 esos tugurios de perdición que ellos imaginan; que, por el contrario, es un lugar a donde van las familias con los niños, el techo
40 bajo el que se reúnen los vecinos, una especie de modesta iglesia laica comunal (según la Coca-Cola, el 36% de los españo-
41 les va habitualmente a los bares, es decir, los frecuenta varias veces a la semana, mientras que sólo hay un 13% que asiste a
42 misa todos los domingos). Con esa entusiasta y arraigada querencia al bar, ¿cómo no vamos a llorar al Comercial?

Rosa Montero: *El País*, 14 de agosto de 2015

1.- Gárgola: caño por donde desagua el canalón de un tejado, en especial cuando está decorado con una figura grotesca, humana o animal, que vierte el agua a través de la boca. 2.- Manirroto: persona que malgasta el dinero.

CONTESTA A CINCO DE LAS SIGUIENTES PREGUNTAS (LAS QUE QUIERAS)

1. Resume brevemente el contenido general del texto (no más de diez líneas) (2 puntos).
2. Señala el tema o idea central del artículo y localízala en el texto. Justifica la respuesta (2 puntos).
3. Analiza sintácticamente la frase que aparece **subrayada** en el texto (2 puntos).
4. Enumera los principales procedimientos de cohesión que aparecen en el texto indicándolos con precisión (poniendo las palabras y el número de las líneas en que aparecen) (2 puntos).
5. ¿A qué se refiere la autora cuando dice «estos datos» (línea 31)? Qué procedimiento de cohesión textual se da en esa expresión? Define ese procedimiento y explica por qué lo emplea aquí la autora (2 puntos).
6. Haz tu propia valoración del texto, tanto desde el punto de vista de la forma como del contenido (2 puntos).